

Fútbol desde la tribuna. Pasiones y fantasías, de Beatriz Vélez

Medellín, Sílabas editores, 2011, 180 páginas

Una mirada estereoscópica al fútbol

Rafael Jaramillo Racines*

Gabriel Restrepo Forero**

Andrés Felipe Hernández Acosta**

Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte (Asciende), Colombia

Para quienes avanzamos muchísimo más allá de la mitad del camino de la vida, multiplicado por dos, como es el caso de los primeros autores de esta reseña, es motivo de sorpresa, jovialidad y júbilo encontrarnos con el esplendente libro de Beatriz Vélez, *Fútbol desde la tribuna. Pasiones y fantasías*. En nuestra época, ya tan lejana de acceso a la conciencia, signada por ese milagro de El Dorado, hubiera sido impensable no solo que las mujeres jugaran el deporte de la pelota, sino más aún que se atrevieran a escribir en torno a un espectáculo jugado por hombres, manejado por empresarios varones, narrado por voces potentes como la de Carlos Arturo Rueda, comentado por periodistas y comunicadores masculinos, parlotado a gritos y exclamaciones procaces en El Palacio del Colesterol entre morcillas, longaniza, chunchullos y muchas, muchísimas cervezas. Las mujeres se limitaban a esperar con mucha paciencia y en casos extremos con el rodillo de amasar a los consortes que, como Odiseo, iniciaban

* Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador e Historiador del Deporte. Miembro de la Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del deporte (Asciende). Docente de la Universidad Pedagógica Nacional.

Correo: rafaeljaramillo51@gmail.com

** Sociólogo y docente pensionado de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Educación del Instituto Interdisciplinario de Investigaciones en Educación.

Correo electrónico: garestrepof@unal.edu.co

*** Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Presidente de la Asociación Colombiana de investigación y Estudios Sociales del Deporte (Asciende). Integrante del grupo de trabajo y generación de documentos en y para el Ajuste de la Política Pública del Deporte, Recreación y Actividad Física para Bogotá. Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte - Universidad Distrital Francisco José de Caldas (2012-2013).

Correo electrónico: conspiraciond@gmail.com

el periplo en el juego como espectadores y terminaban casi como cerdos sometidos a los embrujos de las Cirses criollas.

Así fue incluso durante nuestro mayo de 1968, y luego en los prosaicos años de los setentas cuando los dos primeros autores de la reseña emprendieron la épica gesta de practicar el fútbol los sábados en la tarde en un equipo de recocha llamado Los Platónicos: tan poco reales éramos. Sobra decir que por el estadio de la Universidad Nacional o en lo que entonces era el Club de Empleados Oficiales y hoy es el Centro de Alto Rendimiento no aparecía nunca, por ninguna parte, ni siquiera al fin del juego, ninguna Diotima que animara nuestros banquetes etílicos con un discurso que versara sobre la relación entre el amor al saber y el saber del amor en el juego del fútbol.

Aquello fue un asunto de varones no poco troncos porque por Los Platónicos desfiló lo más selecto de la intelectualidad colombiana: el legendario Mario Arrubla, volante de doble función, más destructivo que creativo, con galope de caballo y manos de boxeador si surgía una querrela, algo frecuente; los defensas Hermes Tobar y Alberto Mayor Mora, con patada de mula no dirigida al balón sino a los muslos de los contrincantes; el lateral derecho, Abelito López; el izquierdo Jorge Orlando Melo; en ningún lugar José Vicente Katarain, el flamante editor de Oveja Negra; un nieto o bisnieto de uno de los primeros asistentes al supuesto primer partido, Miguel Antonio Caro, más bien nulo para el fútbol; el flaco Álvaro Camacho Guizado —q. e. p. d.—; el muy veloz puntero derecho, el lentísimo Jesús Antonio Bejarano, y decenas de tan buenos adictos a las letras, pero más bien regulares o pésimos deportistas. La única figura femenina que de vez en cuando aparecía al final de los partidos era la querida historiadora Margarita González —q. e. p. d.—, pero no para preguntar el resultado, sino para convocar a Jorge Orlando Melo a algún deber o trabajo. Y con todo, su sonrisa indeleble nos parecía replicar el arquetipo de la inefable Margarita del *Fausto*, de Goethe, para recordar los versos sagrados del final de la obra¹: “Todo lo que ha ocurrido/ es solo una parábola / lo que es inalcanzable / se convierte en suceso. / Lo que es indescriptible / se ha realizado aquí. / Lo eterno-femenino / nos permite avanzar”.]” (Goethe, 1966, p. 418)².

Esa fugaz presencia de Margarita nos indicaba que algo faltaba en nuestro heroísmo futbolístico, en nuestra afirmación como varones: pues al fin y al cabo, ¿para qué tanto malabarismo, tanta voltereta, tanta

1. Por supuesto, el Departamento de Sociología también contaba, en las décadas de los setenta y ochenta del siglo xx, con equipos mixtos, profesores y estudiantes, varones por supuesto, en los cuales jugaban el buen mediocampista Alfonso Piza, los dos primeros autores de esta reseña y estudiantes. Todo iba más o menos bien en los torneos internos, por lo menos hasta cierto punto. Pero alguna vez desafiamos a Los Andes e, hinchados de orgullo y alevosía intuíamos, que íbamos a infringir una estruendosa derrota a esos burguesitos. Recibimos una tremenda paliza que nos devolvió a la cruel realidad.
2. Traducción libre del profesor Gabriel Restrepo.

gambeta, tanto túnel, tanto desborde, tanta finta, tanta celebración, tanta tristeza en la derrota, tanto pavoneo en el triunfo, si no era porque se soñaba que en el fondo la mujer admirara, celebrara, consolara, acariciara?

Todo el fútbol, si se mira bien, pese a su levedad aparente, descansaba en la categoría de *lo sublime*, una de las dos grandes dimensiones de la estética, la que se ocupa de la relación de lo finito con lo infinito y se centra en aquellos fenómenos caracterizados por lo excedente, o excesivo, lo terrible, lo extraordinario en cuanto toca los límites de la existencia con la nada, figura tan cara a los místicos. Por ejemplo, si uno aplica las cuatro categorías del célebre Roger Callois, el *agon*, la *mimicry*, el *alea* y en especial el *ilynx*, la mayoría de ellas se acercan a lo sublime y en especial la última categoría que se refiere al misterio tremendo, a lo *borderlined*, a lo ominoso, aunque quizás con la excepción de la *mimicry*, que es más liviana y por ello más próxima a otra categoría que ya no pertenece a lo sublime, es decir, a lo trascendente, sino a lo bello, la segunda categoría de la estética que se ocupa de la perfección y del juego de las formas en lo inmanente, es decir: aquí y ahora, y no allá en el cielo o en los abismos.

Debió aparecer el fútbol practicado por las mujeres para que apreciáramos lo oculto en el juego de varones: la belleza, la levedad, la gracia. Y en cuanto a los estudios del fútbol, algo faltaba. Entonces apareció Beatriz, como si fuera una reencarnación de la Beatriz de Dante, pero esta vez para guiarnos en el camino del infierno, purgatorio y paraíso del juego con otra visión, una visión de la belleza del fútbol, sin que ella pierda de vista la dimensión tradicional del juego como algo concerniente a lo sublime. De modo singular, el libro de Beatriz Vélez apareció en el horizonte con una mirada nueva casi al mismo tiempo de la publicación de otro clásico que nos invita a mirar el deporte desde una perspectiva refrescante, *In Praise of Athletic Beauty*, de Hans Gumbrecht, ya traducido al castellano.

Gumbrecht nos es familiar porque fue invitado, hacia los años noventa del siglo xx, a los primeros encuentros de estudios culturales organizados por el filósofo Carlos Rincón, egresado de la Universidad Nacional de Colombia y profesor de la Universidad Libre de Berlín, y luego por el Departamento de Sociología para dictar unas conferencias que fueron transcritas y publicadas por Carlos Uribe Celis. Integrante eminente de la corriente de la hermenéutica en los años ochenta, al cabo de esa década el pensador alemán, nacionalizado en Estados Unidos y radicado en la Universidad de Stanford, colega allí de René Girard y de Michel Serres, dio un giro de ciento ochenta grados al despedirse desesperado de la interpretación sin fin de las interpretaciones para dedicarse a una filosofía de la presencia. Por supuesto, ello implica renunciar no poco a la categoría de lo sublime, tan cara a toda metafísica, para dedicarse a la belleza y su epifanía. Y nada mejor que el deporte como escenario de esa gracia, que es propia de lo bello.

Por su parte, por otro sendero, Beatriz Vélez incursiona en el universo del fútbol. Viviendo su propio proceso de acercamiento al fútbol

con la triple perspectiva de la sociología, de la antropología y del psicoanálisis social, y avanzada en los estudios emergentes de ese ausente del pensamiento moderno hasta Nietzsche, el cuerpo, habla desde un espacio doblemente perturbador para el hincha del fútbol. Dado que no es una practicante, ni un hombre, lo aborda desde la perspectiva femenina, generando nuevas miradas, nuevas rupturas que van más allá de los esquemas y formalismos determinados por una rigidez narrativa que tiende a hacerlo exclusivo para unos cuantos pontificadores de la “verdad absoluta”, y por consiguiente excluyente para las diferentes expresiones que vislumbran el juego de la pelota desde ángulos no convencionales.

Sus vivencias están matizadas por otras claves vitales que la acercan al fenómeno de tal forma que “el bello juego” es objeto de reflexión y análisis desde hace más de una década. Para la autora, es importante abordar su problemática desde el trabajo interdisciplinario. Es decir, la complejidad del fenómeno requiere una transversalidad académica que trascienda paradigmas omnicomprensivos fuera de los cuales no hay salvación. En otras palabras, la realidad social es multidimensional, contradictoria y ambigua, aleatoria y fluida, histórica y actual, y, por lo tanto, difícil explicarla a través de una teoría.

Pero lo llamativo de la obra de Beatriz es que aborda la pasión con gran propiedad, con una particularidad muy especial, lo cual hace que su reflexión rompa con los esquemas masculinos predominantes en cuanto a las formas de apreciar y mirar el fútbol. Lo novedoso en este caso es considerar el fútbol como un hecho estético y como un escenario donde lo que se juega es la pasión con sus emociones a bordo. Para la autora “la piel es lo más profundo” (Deleuze, 1989, p. 41), como rezaba el gran poeta Valery, y a partir de ella se genera una movilidad de las emociones que permite apreciar el juego en toda su belleza. Es, entonces, una estética que permite visualizar, a través de sus narrativas, los diferentes ámbitos de la condición humana.

Comienza describiendo una panorámica del mundo del fútbol. El por qué de ese magnetismo universal y también el peligro de ser objeto de la codicia de mercaderes sin escrúpulos. La búsqueda poética y filosófica de apreciar la bella jugada se contrarresta con el escape al clientelismo que marca pautas diferenciales entre lo que puede considerarse como deporte y como juego. El fútbol, a la sazón, deviene negocio, prevalece ante todo el ánimo económico y de ahí surge la necesidad de ver esta tendencia más disminuida que aumentada en una sociedad que, día a día, trata de fortalecer una visión ciudadana más cerca del juego. Considera la autora que el fútbol, al someterse a una apuesta de carácter económico, esteriliza el juego en función del rendimiento deportivo. Todo termina en el negocio, lo que llama a un clamor colectivo por generar dimensiones de resistencia. En otros términos, el fútbol es bello si es expresión de los mundos de la vida, y es feo cuando se enreda en lo sublime del mundo del sistema social globalizado.

Luego, nos habla de las complementariedades que se aprecian en torno a dos matices épicos como son Marte y Eros, deidades griegas que se manifiestan simbólicamente en la puesta en escena del fútbol. Marte, por supuesto, se refiere nítidamente a lo sublime, pues la guerra, real o simbólica, como en el *agon*, es agonista y antagonista, y su asunto no es algo distinto a la lucha a muerte en un juego de suma cero: si el uno sobrevive, el otro muere, pues no hay término medio, a diferencia del amable fútbol donde el empate es posible y ello ya inclina a este deporte a lo bello.

Otro punto de interesante análisis es el que hace de la relación pie-mano, que supera la subjetividad de su feminidad para hacer de esto un análisis universal, por encima de los géneros. En efecto, la exploración que hace Beatriz demuestra, dada la condición humana, que siempre se han entendido el pie y la mano como partes antagónicas del cuerpo. La mano se relaciona con el lado racional de la vida y el pie con lo irracional, lo tosco, lo bárbaro, cosa que en el fútbol se subvierte, al constituir al pie en el elemento que adquiere la presteza, la movilidad, la fineza, el arte de la racionalidad que le da el “bello gesto”, proscribiendo la mano y marcando la tendencia histórica del ser humano: la lucha por hacer posible lo imposible.

Esto, a su vez, se relaciona con la figura del arquero, quien es el único que puede utilizar las manos, con lo que se convierte en la figura femenina del campo de juego, que a su vez está relacionada con la figura materna que “protege” la portería y con ello el equipo: la fraternidad. El arco representa lo femenino. El pie, al introducir el balón en el arco, simula la cópula que deviene en el máximo orgasmo del fútbol, que es el gol. A su vez, establece otra analogía en la que el estadio simula lo femenino al ser un espacio *uteromimético*, en el cual se congrega la fraternidad masculina para darse identidad de género, por eso la importancia del valor de la virilidad en el fútbol, la mayoría de los insultos son expulsados con relación a lo femenino, cuando no con lo masculino afeminado.

Efectivamente, la virilidad también es una construcción histórica en la cual el fútbol está enraizado, y que en nuestros tiempos, ayuda a construirla. Esta puede ser entendida desde una perspectiva civilizada tendiente a resolver los problemas con reglas y con la menor violencia posible, o como una construcción que se naturaliza en una violencia relativa que no es propia de la feminidad, como se puede ver, en algunas ocasiones, en las canchas de fútbol. Es el elemento de la virilidad el que comúnmente expone la práctica general del ambiente del fútbol, en tanto que es fruto de un contexto en el cual se incluyen jugadores, directivos, jueces, espectadores, medios y demás actores que se involucran en el marco del espectáculo del fútbol.

Es esta mirada femenina de gran rigurosidad académica la que devela, con gran propiedad, este mundo masculino que, sin embargo, nos hace conscientes de ese universo-mujer que subyace en el escenario del fútbol.

Bibliografía

- Deleuze, G. (1989). *La Lógica del Sentido*. Barcelona: Paidós.
 Goethe, J. W. (1966). *Fausto*. Berlin: Verlag Neues Leben.